

Estéban Villegas, escritor de los mas aventajados que tiene nuestro parnaso, é ingenio el mas capaz de trasladar en nuestro idioma las bellezas de Anacreonte y de Horacio, compuso entre otras una oda en versos sáficos, cuyo objeto no es mas que de renovar sus memorias á Filis. Oigase como el poeta hiermosea y viste un objeto tan comun.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
Zéfiro blando:

Si de mis ansias el amor supiste,
Tú que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi Ninfa dile,

Dile que muero:
Filis un tiempo mi dolor sabia,
Filis un tiempo mi dolor lloraba,
Quísome un tiempo; mas ahora temo,
Temo sus iras.

Así los dioses con amor paterno,
Así los dioses con amor benigno
Nieguen al tiempo que feliz volares
Nieve á la tierra.

Jamás el peso de la nube parda,
Cuando amanece la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Toque tus alas.

¿Qué es lo que nos enamora en los citados versos? ¿Acaso el pensamiento? No por cierto, porque no hay cosa mas vulgar, ni que interese menos á quien se halla fuera del lance. Lo que agrada es lo que el poeta puso de suyo, esto es, aquel dar alma y vida á los mas pequeños objetos; aquella felicidad en el epíteto: aquella simetría en los períodos de que resulta la cadencia, y percibir mas distintamente la armonía: aquella soltura en los miembros de la oracion, que muestra la facilidad y el desahogo: en una palabra, el conjunto de perfecciones aptas á producir en nosotros la idea de la belleza.

Un poeta italiano del siglo pasado, queriendo describir un fiero temporal que sobrevino en Roma, se esplica del modo siguiente:

*Illoc inter coepit obnubi nubibus aether,
Orbari stellis orbes, veroque tonitru
Coelum indignari, Romaeque indicere bellum.*

Véase la misma, misimsima idea espresada por Virgilio en el libro primero de las Geórgicas:

*Saepe ego, cum flavis messorum induceret arvis
Agricola, et fragili jam stringeret bordea culmo,
Omnia ventorum concurrere praelia vidi,
Quae gravidam late segentem ab radicibus imis
Sublime espulsam eruerent: ita turbine nigro
Ferret hyems culmumque levem, stipulasque volantes
Soepe etiam inmensum coelo venit agmen aquarum,
Et foedam glomerant tempestatem imbribus atris
Collectae ex alto nubes: ruit arduus aether,
Et pluvia ingenti sata laeta, boumque labores
Diluit: implentur fossae, et cava flumina crescut
Cum sonitu: fervotque fretis spirantibus aequet.*

Hasta aquí tenemos comentado, por decirlo así, el primer verso y medio del italiano; veamos como Virgilio pinta lo que queda.

*Ipsa Patèr, media nimborum in nocte, corusca
Fulmina molitur dextra: quo máxima motu
Terra tremat: fugere ferae, et mortalia corda
Per gentes humilis stravit pavor: ille flagranti
Aut Atho, aut Rhodopen, aut alta Ceraunia telo
Dejicit: ingeminant Austri, et densissimus imber:
Nunc nemora ingenti vento, nunc litora plangunt. (1)*

(1) Georg. I. 316.

Yo vi en sazón que el Labrador enviaba
A los dorados campos segadores,

Obsérvese en este ejemplo admirable el poder que tiene la belleza ideal en el estilo para arrebatarse y suspender á quien lee. Tanto el antiguo cuanto el moderno representan la misma imágen, y tocan las mismas circunstancias generales: entrambos pintan la obscuridad, entrambos las nubes; uno y otro hacen mencion de los truenos y del pavor que estos causaban á los hombres; pero ¿de dónde viene que el moderno hace reír, y el antiguo deleita, hechiza y encanta? ¿Por qué en los versos de Famiano Estrada, el poeta nos parece el Pulcinela del Parnaso, y en los de Virgilio nos parece Apolo ó Júpiter que razonan en el concilio de los Dioses? No por otro motivo sino porque el jesuita en su descripción no cuida de escoger vocablos oportunos, ni imágenes sensibles y vivas: porque no ofrece al oído cadencia ni armonía: porque sus palabras no están trabadas con gracia, ni el período corre con aquella rapidez y movimiento que se requieren para escitar sensaciones agradables. Al contrario, Virgilio en aquellos divinos versos unió todo lo mas armonioso, mas sonoro, mas pintoresco, mas vario, mas sublime y mas hermoso que pudo encontrar en el rico almacén de su lengua, y lo unió con tal primor y artificio, que si se hubiera de proponer un modelo de absoluta perfección poética en materia de estilo, no tardaríamos un solo instante en proponer el antecedente.

El otro pasaje (que ya Voltaire propuso para el mismo asunto en su prólogo de la Mariamne) se halla en la bellísima tragedia de Racine intitulada la Fedra, cuando Hipólito declara por la primera vez su amor á Aricia. Pradon, otro poeta francés de su tiempo, compuso una tragedia con el mismo título, en la cual los personajes dicen poco mas ó menos las mismas cosas, y se hallan en las mismas circunstancias que los de Racine. Pero oigase como uno y otro hacen su declaración. El Hipólito de Pradon habla del modo siguiente:

*Assez, et trop long-temps, d'une bouche profane,
Je m'oprisai l'amour, et j'adorai Diane.
Solitaire, farouche, on me voyait toujours
Chasser dans nos forets les lions et les ours,
Mais un soin plus pressant m'occupe et m'embarasse.
Depuis que je vous vois j'abandonne la chasse.
Elle fit autrefois mes plaisirs les plus doux;
Et quand j'y vais, ce n'est que pour penser á vous.*

Y el de Racine así:

*Moi, qui, contre l'amour fièrement revolté,
Aux fers de ses captifs ai long-temps insulté;
Qui, des faibles mortels deplorant les naufrages,*

*Y á ceñir empezaban rubios haces
Con atadero débil, que los vientos,
En guerra embravecidos, se chocaron;
Y acometiendo á las preñadas mieses,
Que arrancan de raíz, á las alturas,
Remolinando en torbellino obscuro,
Las avientan, llevándose consigo
La caña leve, y en su arista el trigo.
Vi venir por el cielo inmensos montes
De aguas sobre aguas que las negras nubes
Chuparon de la mar, y convertidas
En tempestad horrible, desgajarse
En mil torrentes. La region etérea
Se ve arruinar. Arroja los sembrados,
Labor del tardo buey. Colma los fosos:
Crecen con grande estrépito los rios:
Y el mar hierve estrellándose las olas.
De en medio de la nube el padre Jove,
Con diestra rutilante lanza el rayo.
A su impulso la tierra conmovida,
Retembla y se estreñece toda en torno.
Huyen las flores, y el pavor comprime
El triste corazón de los mortales.
El, con su dardo abrasador, derriba
Las cumbres de Atho, Rodope y Ceraunio.
Se arrecia el aquilon, ruge la selva,
Y brama con horrisono estampido
El mar á sus riberas impellido.*